
DISCURSO

DEL SEÑOR DON DIEGO BARROS ARANA PRONUNCIADO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS Á LOS ALUMNOS DE LA UNIVERSIDAD Y DEL INSTITUTO NACIONAL, LA CUAL TUVO LUGAR EL 21 DE SEPTIEMBRE DE 1891.

~~~~~

Excm. Junta de Gobierno:

Señores:

Jóvenes alumnos:

Con el corazón henchido de contento, con el alma levantada por la confianza que inspira la libertad restablecida de la patria, volvemos á reunirnos en este recinto para celebrar los triunfos del talento y de la aplicación de la juventud estudiosa. La Universidad de Chile, expresión de nuestro progreso intelectual, vuelve hoy, después de ocho meses de clausura, á abrir sus puertas para continuar su obra benéfica y tranquila de propagación de los conocimientos que hacen á los pueblos grandes é ilustrados.

La Dictadura, que pretendió destruir el arca santa de nuestras instituciones, que llevó su mano impía á los asilos de beneficencia para desorganizarlos, no se detuvo ante los establecimientos de educación que formaban nuestro orgullo de pueblo culto y civilizado. Cerrados unos, privados otros de muchos de sus profesores más experimentados, llevado á todas partes el desquiciamiento inherente á ese régimen de gobierno, vosotros, jóvenes alumnos, habeis sufrido una interrupción en vuestros estudios que habrá de imponeros un recargo de trabajo para recuperar el tiempo perdido, ó un atraso deplorable para llegar al término de vuestras carreras. La Dictadura, que ha causado al país males incalcul-

lables en todas las esferas, ha hecho pesar de todos modos sobre vosotros su acción desorganizadora.

Pero, si la crisis tremenda porque ha atravesado la República os ha privado por largo tiempo de la enseñanza regular y ordenada que buscais en nuestros colegios, vosotros habeis recibido, con el solo espectáculo de los acontecimientos que se desarrollaban á vuestra vista, una enseñanza práctica que contribuirá poderosamente á formar vuestros caracteres de hombres de bien y de ciudadanos de un pueblo libre. Estos ocho meses de angustia y de dolor para la patria, os han enseñado lo que es una dictadura, sistema de gobierno que no conocieron nuestros padres y que no conocerán nuestros descendientes.

Esos deplorables acontecimientos sugieren en su conjunto una observación que conviene recordar al pronunciar sobre ellos un fallo definitivo é inapelable.

La historia os ha enseñado que muchos pueblos que vieron amenazada su existencia por una guerra exterior ó por una anarquía desoladora, se echaron en brazos de un caudillo prestigioso que fué revestido de la suma del poder público á condición de salvar la patria de la conquista extranjera ó de la disolución interior. Esas dictaduras fueron la terrible necesidad de una situación que parecia desesparada; pero solo fueron benéficas cuando los dictadores unieron a sus talentos y á su heroismo, las grandes virtudes del ciudadano y del hombre de honor.

En Chile no ha existido nada de eso. Vivíamos en paz con todas las naciones del orbe. En el interior éramos libres y felices, bajo el amparo de instituciones que habían cimentado el orden y la prosperidad, y que nos merecieron el aplauso y las simpatías de los pueblos extranjeros. Nadie queria revoluciones ni trastornos ni habia causa alguna que pudiera provocarlos. Nuestros hábitos de tranquilidad y de sumisión á las leyes habían llegado á convertirnos en el pueblo más pacífico de la tierra, habiendo desarrollado en todas las esferas sociales el amor al trabajo, fuente de nuestra felicidad interior y del crédito de que gozábamos ante los extraños.

No necesito recordaros cómo se organizó la Dictadura en plena paz y sin antecedentes que la justificaran. Entre nosotros, ella fué la obra exclusiva de la insensatez y de la maldad. Para vergüenza de nuestro progreso y de nuestra antigua moralidad, ese régimen abominable halló colaboradores de diversas gerarquías, halló con-

sejeros que lo alentaron, esbirros que lo sirvieron, y aplaudidores que lo celebraron. Todos los elementos viciados de nuestra sociedad acudieron presurosos á recoger el provecho abundante pero oprobioso de aquel sistema de violencias, de atropellos y de rapiña que antes de mucho se convirtió en un abismo de miserias y de crímenes. Vosotros todos fuísteis testigos de los inauditos atentados contra nuestras más veneradas instituciones, contra la libertad, contra la vida y contra la propiedad de los ciudadanos. Muchos de vosotros fueron víctimas de aquella horrible y sanguinaria tiranía. La Dictadura se inició por el asesinato alevé de un joven estudiante, y acabó por la hecatombe de Lo Cañas, el crimen más negro i más horrendo que jamás se haya cometido en el suelo de Chile. La tradición y la historia maldecirán para siempre á los desalmados que lo dispusieron y que lo ejecutaron.

Esas inhumanas atrocidades, que la justicia se encargará de castigar, envuelven una solemne enseñanza. El recuerdo doloroso de esos crímenes no se borrará jamás de vuestra memoria. El mantendrá en vuestras almas el odio á la tiranía, y os hará amar el régimen legal que garantiza y protege nuestros derechos y nuestras libertades. La lucha de que habeis sido testigos y en que algunos de vosotros han sido actores, os ha demostrado que el árbol ponzoñoso de la Dictadura no puede aclimatarse bajo el hermoso cielo de Chile. La lección dada á los tiranos ha sido severa y será ejemplar en el presente y en el porvenir. Los numerosos batallones en que la Dictadura creía fundar su estabilidad, fueron impotentes para sostenerla contra el embate vigoroso de la opinión nacional representada por los marinos de nuestra escuadra y por el ejército de buenos ciudadanos que se armaron en defensa de nuestras instituciones. No hay temor de que en lo futuro vuelvan á levantarse tiranos en el suelo en que la causa santa de la libertad obtuvo las victorias de Pozo Almonte, de Concón y de la Placilla.

Con la reconquista de nuestros derechos, hemos reconquistado también nuestra antigua tranquilidad, que en corto tiempo quedará definitivamente asentada. Volvamos felices y contentos á las pacíficas ocupaciones de otros días; la plácida bonanza que ha seguido á la deshecha tempestad, os invita, jóvenes alumnos, al trabajo reparador de tantas amarguras y de tantos quebrantos. El estudio que despierta la inteligencia, que eleva el espíritu á las más nobles y generosas aspiraciones, y que suaviza las costumbres

de los hombres y de los pueblos, os hará ciudadanos dignos por la ilustración y por el carácter, de esta patria querida que, después de restaurar su libertad, vuelve á entrar en la vía de bienestar y de progreso, de que en vano pretendió apartarla la oprobiosa Dictad ra.

